

SUEÑOS:

DULCE DESPERTAR

¡BUENO, bonísimo, ese discurso! ¡Así se ruge, don Alfonso, ante los leones de la Metro-Goldwin! Así habla, así debe hablar siempre, el jefe de un partido que se apellida por el padre revolucionario, aunque de la prudencia materna le venga el correctivo de institucional. No le hallé sino un defecto: la parrafada sobre el PAN. ¿Qué diablos tiene que ver en todo esto el PAN? Le aseguro, don Alfonso, que con enderezar su partido tiene usted para rato. Dedíquese, pues, a esa gran tarea, que lo demás ni siquiera resulta divertido. Más todavía: aprovechando este mejoramiento en nuestras relaciones personales, permítale usted a este Gran Solitario --como dicen que me llama usted-- darle esta opinión: el enemigo del PRI no es el PAN, sino la Nación Mexicana; parte de ella porque lo detesta, y la otra parte porque le es indiferente. La Nación es la Dueña a la que hay que enamorar y conquistar.

SI MI desbordante alegría no me ofusca, usted proclama que nuestro avance económico no ha beneficiado proporcionalmente a todos los mexicanos, sino que el provecho se ha concentrado en unos cuantos, mientras que la inmensa mayoría ha recibido poco o nada. De aquí la prédica de usted: si una situación tan injusta no se corrige, vendrá el conflicto, la violencia, la rebelión. Si hoy es esta su postura, don Alfonso, usted puede estar seguro de que lo acompañan y lo aplauden no sólo los pacientes de ese desequilibrio, sino los beneficiarios de él a quienes la riqueza no ha

cegado enteramente, aquellos lo bastante listos para saber o adivinar que para mantener la parte mayor de la riqueza es forzoso sacrificar la menor.

Ahora bien, don Alfonso: no es que sus muchos admiradores queramos festinarlo. Nos damos perfecta cuenta de que los azares de la vida le han impuesto la enfadosa tarea de viajar de continuo, de discursar a diario, de habérselas frecuentemente con los periodistas, y todo esto, recorriendo con la palabra y el gesto la gama entera que va desde la imprecación fulminante hasta la sonrisa candorosa del adolescente. Los hechos son, sin embargo, que usted está colocado al frente del PRI y que se regodea con su oficio de oráculo de la Revolución Mexicana.

Entonces, don Alfonso, habiendo denunciado dramáticamente ese desequilibrio en la repartición de los beneficios del progreso económico nacional, y habiendo augurado los graves males que acarreará la subsistencia de tal desequilibrio, ahora tiene que decirnos cómo va a restituirse la regla de oro, la forma equitativa de repartirlos. Repito: no es que queramos que nos lo diga usted mañana mismo, pero tampoco muy, muy pasado mañana.

Y AQUÍ entre la segunda sorpresa placentera que me causó su discurso leonino: la incitación al "pueblo" mexicano para que apunte dolencias y proponga remedios. Primero esto de "pueblo": por favor, don Alfonso, no usar esta palabra, nobilísima en su sentido original y puro, pero tan manoseada por los políticos segundos, que ha perdido toda significación. Yo, por mi parte, estoy cubierto, pues hace más de treinta años que ni traje casero de trabajo es el overol, unos overoles estupendos de ferrocarrilero norteamericano, único contrabando que me permití practicar al am-

paro de mis largos años de diplomático. Así, aun en la facha exterior, como "obrero intelectual", formo parte modestísima del pueblo cuyas opiniones busca usted hoy.

TRAS DE pedirle excusas por haberme anticipado a su reciente y amable invitación, viene mi primer reproche. Hace muchos meses, don Alfonso, propuse que el PRI se lanzara a formular un plan senenal que guiara en su gobierno al próximo presidente. La fase inicial de semejante tarea debía habersele confiado a ese brazo del Partido que se llama Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales; pero entonces, como si fuera una respuesta a mi sensata idea, se anunció una reorganización del IEPES que movió a risa. Repárese en este simple detalle: mientras el Comité Ejecutivo Nacional del PRI está formado por once personas, la Mesa Directiva del IEPES llega a veintisiete; ¡nada menos que a veintisiete! Más aún: el gabinete del Presidente lo forman diecinueve miembros, quince secretarios de estado, tres jefes de Departamento y el Procurador General de la República. ¿No le parece un poquito exagerado ese alarde de su IEPES? Esto sin contar con que hasta recorrer los nombres de las personas que componen tan fastuosa Directiva para darse cuenta de que se han limitado a prestarlos bondadosamente, y que jamás harán un trabajo real en el Instituto.

También me permití protestar indignado cuando el IEPES anunció que estudiaría los problemas municipales, no, claro, porque fueran inexistentes o carecieran de importancia, sino por la urgencia inaplazable de trazar un plan de acción para el gobierno federal. Por fortuna, volví a reír de buena gana al declararse recientemente que lo mismo en Oaxaca que en Tlaxcala, el IEPES

había abierto un millar de "sucursales".

CUANDO USTED, don Alfonso, habla de la urgencia de restablecer un equilibrio en la distribución del ingreso nacional, sin duda piensa en una reforma fiscal de fondo como uno de los medios mejores para lograrlo. Aquí viene mi pregunta: ¿cree usted que los destacados economistas de Huajuapán de León, de Santa Ana Chiautempan, o siquiera los de Penjamillo, van a proponérsela a usted, para que usted, a su vez, la proponga a la Nación?

Pero, en fin, ahora tiene usted la palabra. El "pueblo" mexicano es todo oídos, pues, habiendo despertado su interés y su simpatía, no puede usted defraudarlo.

22 agosto 69